

Gloria Jaramillo

De sangre, voluptuosidad y
deseo

Un acercamiento a lo vampírico y su
configuración en la estética de lo monstruoso

ÍNDICE

CAPÍTULO I	
INTRODUCCIÓN	7
CAPÍTULO II	
EL LUGAR DEL DESEO EN EL SUJETO	
2.1. De las relaciones entre el sujeto y su deseo	11
2.2. René Descartes y el error en el deseo	13
2.3. Sigmund Freud y la reivindicación del deseo	18
2.4. Paradojas del deseo, según Jaques Lacan	25
CAPÍTULO III	
DE LAS PROYECCIONES MODERNAS DEL DESEO	
3.1. Lo monstruoso como proyección del deseo	33
3.2. El surgimiento de la categoría estética de lo monstruoso, y su lugar dentro de la literatura fantástica	36
3.2.2. <i>la literatura fantástica</i>	
<i>y el desarrollo de lo monstruoso.</i>	38
3.2.3. <i>lo monstruoso y lo grotesco</i>	41
CAPÍTULO IV	
EL RESURGIMIENTO LITERARIO	
DEL VAMPIRO EN LA MODERNIDAD	
4.1. Orígenes míticos del vampiro	46

4.2. El vampiro dentro de la literatura occidental	48
4.3. El vampiro como <i>tipo literario</i> y su posterior configuración como <i>símbolo</i> moderno	49
4.4. Condiciones de simbolización del vampiro	54
CAPÍTULO V	
LA ALTERIDAD DEL SUJETO	
ENCARNADA EN UN MONSTRUO: EL VAMPIRO	
COMO PROYECCIÓN MODERNA DEL DESEO	
5.1. La naturaleza del vampiro:	57
¿muerto viviente, o muerto en vida?	57
5.2. El vampiro, la peste y el deseo	63
5.3. La inmortalidad del vampiro	68
5.4 El reflejo del vampiro, o el vampiro como sombra	71
5.5. Las mutaciones del vampiro.	74
5.6. La mordida fatal y la carga sexual del vampiro	78
5.7. Algunas nociones sobre la vampira	81
CAPÍTULO VI	
EL VAMPIRO DENTRO DEL CINE: UNA TIPOLOGÍA	
DE LO VAMPÍRICO DESDE EL FILM DE TERROR	
6.1 <i>Nosferatu, eine Symphonie des Grauens</i> (1922), de Friedrich W. Murnau: primera película sobre vampiros	100
6.2. <i>Nosferatu, Phantom der Nacht</i> (1979) de Werner Herzog: la melancolía romántica del vampiro	106
6.3. <i>La danza de los vampiros</i> (1967) de Roman Polanski: una comedia vampírica	109
6.4. <i>Bram Stoker's Dracula</i> (1992) de Francis Ford Coppola: la redención del vampiro a través del amor	112
6.5. <i>La cité des enfants perdus</i> (1995) de Jean-Pierre Jeunet y Marc Caro: un caso muy diferente de vampirismo en el cine	114
CONCLUSIONES	119

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

Colmillos, ataúdes, ajos, crucifijos, sangre... Estos son elementos que en el último siglo se han convertido en el sinónimo de vampiro, ese monstruo que la cultura moderna ha inmortalizado a través de la literatura y el cine. En efecto, el arquetipo moderno del vampiro se constituye a través de la imagen plástica forjada por la cinematografía, heredera a su vez de *Drácula* (1897), la famosa novela del irlandés Bram Stoker que constituye el punto de partida de la simbolización del vampiro. Sin embargo, su mítico origen está arraigado en las más diversas culturas desde los primeros tiempos de la humanidad. En las religiones primitivas existían seres sobrenaturales o divinidades relacionadas con el mundo ultraterreno: los egipcios creían en el mito de *Khu*, referido a los fantasmas de los ajusticiados que durante la noche abandonan sus cuerpos para succionar la sangre de los adolescentes; la mitología escandinava menciona al *Alp* o el *Mara* alemán, un monstruo que corta los pezones de los hombres y los niños para beber su sangre, y derrama la leche de las madres y las vacas en un acto equivalente (Fló et. al., 1994). En tanto que creencia popular, el vampiro es un monstruo milenario; no obstante, sólo adquiere fama siglos después, en pleno apogeo del Iluminismo.

La aparición generalizada de una *estética de lo monstruoso* surge en la literatura como variación de la novela gótica inglesa en el último tercio del siglo XVIII, y responde al desarrollo del Romanticismo y sus aspiraciones anti-racionalistas. En este

CAPÍTULO I

1. INTRODUCCIÓN

Colmillos, ataúdes, los ajos, los crucifijos, la sangre... Estos son elementos que en el último siglo se han convertido en el sinónimo de vampiro, ese monstruo que la cultura moderna ha inmortalizado a través de la literatura y el cine. En efecto, el arquetipo moderno del vampiro se constituye a través de la imagen plástica forjada por la cinematografía, heredera a su vez de *Drácula* (1897), la famosa novela del irlandés Bram Stoker. Esta obra constituye el punto de partida de la simbolización del vampiro; sin embargo, su mítico origen está arraigado en las más diversas culturas desde los primeros tiempos de la humanidad. En las religiones primitivas existían seres sobrenaturales o divinidades relacionadas con el mundo ultraterreno: los egipcios creían en el mito de *Khu*, referido a los fantasmas de los ajusticiados que durante la noche abandonan sus cuerpos para succionar la sangre de los adolescentes; la mitología escandinava menciona al *Alp* o el *Mara* alemán, un monstruo que corta los pezones de los hombres y los niños para beber su sangre, y derrama la leche de las madres y las vacas en un acto equivalente¹. En tanto que creencia popular, el vampiro es un monstruo milenario; no obstante, sólo adquiere fama siglos después, en pleno apogeo del Iluminismo.

La aparición generalizada de una *estética de lo monstruoso* surge en la literatura como variación de la novela gótica inglesa en el último tercio del siglo XVIII, y responde al desarrollo del Romanticismo y sus aspiraciones anti-racionalistas. En este período renacen una serie de monstruos que formaban parte del folclore y la cultura popular europea, y entre ellos se encontraba el vampiro o *nosferatu* (no-muerto), aquel ser demoníaco que se convirtió en uno de los paradigmas de la literatura de terror. Si bien su origen se encuentra en el mito, el vampiro ha logrado desprenderse de su tipología literaria para convertirse en un símbolo moderno, reconocible más allá de toda representación artística o literaria.

La importancia simbólica que posee el vampiro dentro de la cultura occidental se sustentaría en su condición de metáfora de la individualidad moderna. En efecto, el sujeto se conforma a partir de la represión de todo residuo natural que atente contra el orden social. Es así como las pulsiones primitivas han sido domesticadas a través de las necesidades; sin embargo, aún sobrevive ese fondo de violencia que acompaña a los instintos. Si bien las necesidades que el sujeto interioriza como propias han logrado

¹ FLÓ, M., FERRÁN, V., ARDANUY, J. *Vampiros: magia póstuma dentro y fuera de España*. Barcelona: Luna Negra Ediciones, 1994, p.

canalizar los deseos humanos, han sido las disciplinas artísticas las protagonistas de aquella tarea *sublimatoria*, en tanto que constituyen una vía para que el sujeto moderno entre en contacto con las zonas ocultas de su subjetividad. Tanto el arte como la literatura propician en el sujeto la experiencia de sus límites: el pensamiento debe alterarse, hacerse otro y de ese modo propiciar la relación con su alteridad. Bajo esta idea surge la categoría estética de lo monstruoso como una forma de proyección de toda moción pulsional reprimida por la cultura. Al formar parte de la psiquis humana, las formas monstruosas poseen un profundo carácter de ambigüedad: causan inquietud y cautivan a la vez. El temor experimentado hacia un monstruo constituye aquello que sólo puede ser vivido en la negación; forma parte de un proceso de *traducción* de los instintos y deseos primitivos. De esta forma, la categoría estética de lo monstruoso nace como una de las instancias donde el pensamiento se manifiesta y a la vez se extraña de sí mismo. Siguiendo esta primera hipótesis, *lo vampírico* logra instaurarse como una operación o clave de comprensión de la subjetividad moderna. En tanto que criatura monstruosa, el vampiro puede ser analizado como una de las manifestaciones más seductoras y complejas del deseo humano; constituye aquella paradoja existente entre el desear y la concepción del sujeto mismo, considerando que el concepto moderno de experiencia se constituye en una relación estética con la alteridad que nunca se consuma —es decir, que sólo tiene lugar en el individuo—. En ese sentido, la pregunta por *lo vampírico* forma parte de la fantasía que el sujeto tiene de sí mismo, y puede ser entendida como una forma de autocomprensión de éste en sus angustias y temores.

Para demostrar esta hipótesis es necesario detenerse en el problema del deseo y sus condiciones de pervivencia en el sujeto. Para ello es imprescindible la referencia a René Descartes, el precursor de la filosofía moderna, y a Sigmund Freud, el padre del psicoanálisis. El deseo, sin embargo, es proyectado estéticamente a través del monstruo y sus diversas manifestaciones en el arte y la literatura modernos. Dentro de esta categoría se encontraría el vampiro, cuyo estudio requiere de un breve recorrido por la literatura fantástica y su desarrollo dentro del Romanticismo —considerando que fue este movimiento artístico-literario el encargado de dar vida al vampiro como un personaje moderno—. En tanto que personaje paradigmático, el *nosferatu* pudo desvincularse de las obras literarias que le dieron vida para convertirse en un símbolo del deseo, de la voluptuosidad, de la muerte y la inmortalidad; abandona su condición de *tipo literario* para dar paso a *lo vampírico*, proyectando así el verdadero conflicto que existe entre el sujeto y su alteridad. Bajo esta premisa, es imprescindible referirse a la vampira en tanto que monstruo femenino: la vampira aparece como un ser doblemente perturbador, que proyecta los temores del hombre frente a la concepción de la mujer. La literatura y el cine se han encargado de